

ISSN 2618-5172

Revista

Rocamadour

Historias originales

Año 2 | Número 15 | Mayo 2020

\$80

Cuento del mes

"No hay sombra
en el espejo",
por Mario Benedetti

Artículo del mes

Obra y vida desde el periodismo

Autores invitados

Federico Di Pila

Alfredo Medina

Andrea Riquelme

Micaela Fernández

Matías Goyeneche



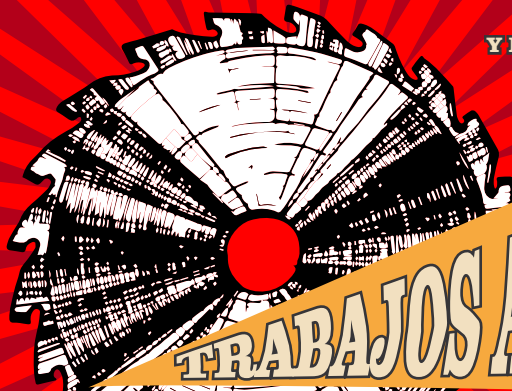
Ediciones Rocamadour

CARPINTERÍA

11
2350
9958
ALEJANDRO
(WHATSAPP)

022
2761
1076
RUBEN

VELEZSARFIELD 14
(ENTRE SARMIENTO
Y RIVADAVIA) - Marcos Paz



TRABAJOS A MEDIDA

Reparación • Decoración • Restauración

EL VASCO

EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia
de Buenos Aires, Año 2020
ISSN 2618-5172
www.edicionesrocamadour.com.ar

EDITOR

Alejandro Torres

DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Alejandro Torres

SUSCRIPCIONES

alejandrotorres_lp@hotmail.com

Suscripción\$60

Número simple\$80

PUBLICIDAD

Matias Álvarez

FOTO DE PORTADA

Fundación Mario benedetti

ILUSTRACIONES DE LOS TEXTOS

Fede Avila Corsini

Federico Di Pila

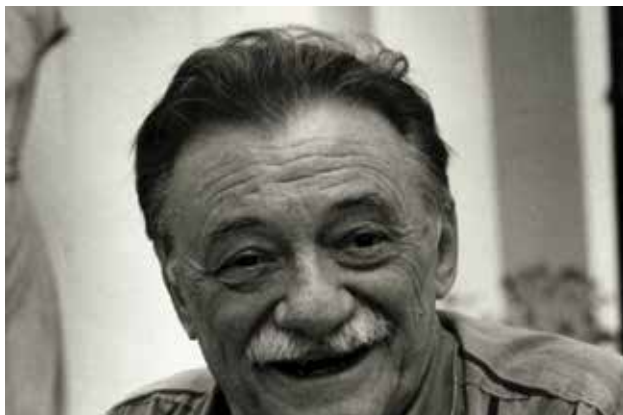
Diego Rojas

Esta revista se terminó de imprimir en mayo de 2020, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Impresión de las tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente las de la revista.



Ediciones Rocamadour



MARIO BENEDETTI

21 No hay sombra
en el espejo

23 Obra y vida desde
el periodismo

29 **ARCHIVO**
por María Elena Walsh

32 **SIN ENOJARNOS**
por Celeste Silvero

32 **QUÍMICA**
por Micaela Fernández

32 **EL VIAJE**
por Alfredo Medina

CONTENIDO

05 **PARECIERA QUE ESTÁ LISTO**
por M. M. Álvarez

11 **LETARGO**
por Andrea Riquelme

12 **ÁMAME: Capítulo I**
por Alejandra Llanos

16 **BOXING BEARD**
por Federico Di Pila

20 **CUARENTENA OTOÑAL**
por Hugo Canal Bialy

25 **UN PEQUEÑO PROBLEMA**
por Diego Roja

32 **POEMA**
por Matias Goyeneche

34 **EL BAR: 1942**
por Alejandro Torres

LECTURAS VISUALES

37 **LA TREGUA ENTRE EL PESI-
MISMO Y EL OPTIMISMO**
por Pablo Ortiz

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

EDITORIAL / HUGO CANAL BIALY

Una *Botella al mar*, naufragando sobre un mundo inmerso en el pánico que genera el coronavirus, como lo imaginó Mario Benedetti: “Pongo estos seis versos en mi botella al mar, con el secreto designio de que algún día llegue a una playa desierta y un niño la encuentre y la destape y en lugar de versos, extraiga piedritas y socorros y alertas y caracoles”.

Cuando la desolación y la paranoia por tanto encierro nos carcoma el alma, la poesía será ese bálsamo que nos mantendrá a salvo, aunque nos pidan lo contrario: “No te quedes inmóvil al borde del camino, no congeles el júbilo, no quieras con desgracia, no te salves ahora ni nunca, no te salves, no te llenes de calma, no reserves del mundo solo un rincón tranquilo”.

El poeta fue confidente de una generación que cantó sus versos musicalizados por Alberto Favero y nos enamoramos mientras Nacha Guevara susurraba desde un café concert: “Si te quiero es porque sos mi amor, mi cómplice y todo, y en la calle codo a codo, somos mucho más que dos, te quiero en mi paraíso, es decir que en mi país la gente viva feliz, aunque no tenga permiso”.

Recordando su infancia en el colegio alemán, actuó en la película *El lado oscuro del corazón*, de Eliseo Subiela, apostado en la barra de un cabaret en Montevideo, mientras conquistaba a una prostituta recitando en alemán: “Porque eres linda desde el pie hasta el alma, porque eres buena desde el alma a mí, porque te escondes dulce en el orgullo, pequeña y dulce corazón coraza”.

Sufrimos la falta de contacto, no poder ir a la oficina, comentar las noticias con los compañeros, dar un beso, un abrazo, nos queda apenas el recuerdo de los momentos felices, como el protagonista de la novela *La Tregua*, Martín Santomé, evocando a su joven amada, Laura Avellaneda: “Ella me daba la mano y no hacía falta nada más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era el amor”.

Como volveremos a relacionarnos, a reconocer lugares que eran cotidianos, a retomar una vida sin miedo, el poeta tras su largo exilio por Buenos Aires, Lima, La Habana y Madrid, al regresar a Uruguay y pisar nuevamente las calles de su infancia, ante la ausencia de amigos, y el sentimiento distante en bares, plazas y clubes, que fueron parte de su historia, al no reconocerlos inventó una palabra para curarse de tanto desapego y volver a acostumbrarse a esos sitios: “Desexiliarse”.

Al atravesar tiempos grises nos cuesta sentir que *El olvido está lleno de memoria*, nos motiva a *Defender la alegría* y el cantautor Joan Manuel Serrat (quien ya había musicalizado a los poetas españoles Antonio Machado y Miguel Hernández), celebró al poeta uruguayo en su disco *El Sur también existe*.

Finalmente, ante el desconuelo y la incertidumbre, sin publicidades, pero con empeño, coraje, ganas de compartir historias originales y de ser cronistas de un tiempo apocalíptico, los escritores de la revista Rocamadour continuamos resistiendo con nuevos relatos, manteniendo la mensualidad de la publicación.

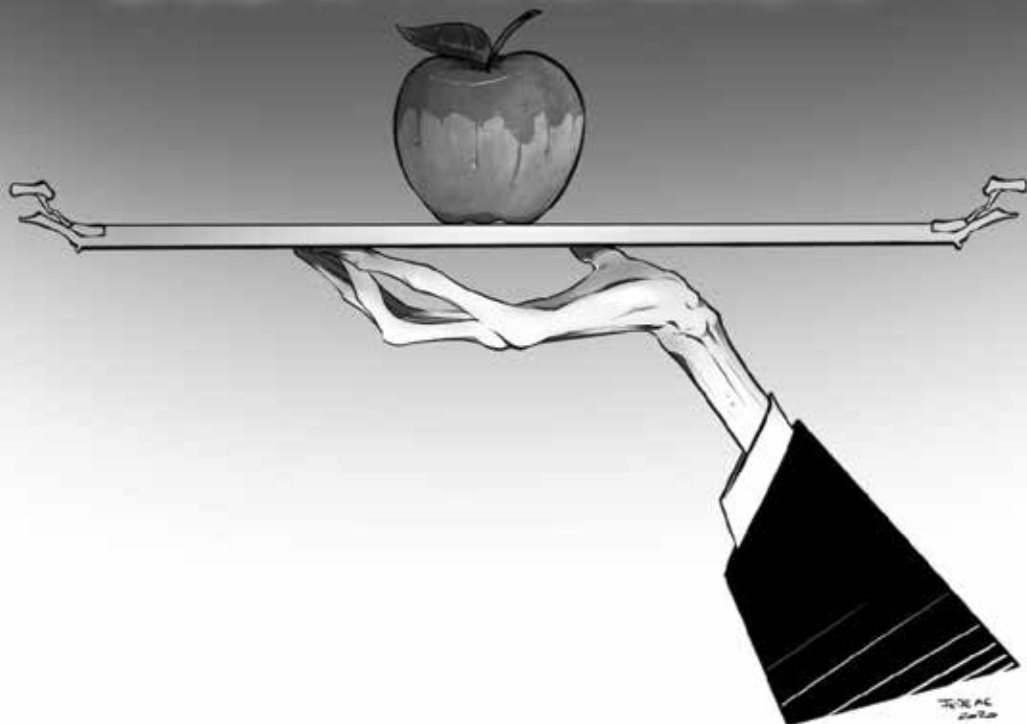
Reune nuestro espíritu utópico la voz de Juan Carlos Baglietto, cantando a Benedetti como mantra colectivo de esperanza: “Cantamos porque el niño y porque todo y porque algún futuro y porque el pueblo, cantamos porque los sobrevivientes y nuestros muertos quieren que cantemos, cantamos porque el grito no es bastante, y no es bastante el llanto ni la bronca, cantamos porque creemos en la gente y porque venceremos la derrota”.

PARECIERA QUE ESTÁ LISTO

Por M. M. ÁLVAREZ

Ilustración | FEDE AVILA CORSINI

= CAFÉ =
ELECTRÓNICO



0111555229856.

El número aparecía titilando en la pantalla del celular, avisando al igual que una brillante noctiluca marina la décimo sexta llamada perdida del día.

Ahora esperaba a que le trajeran el desayuno de todas las mañanas. Sentado y con algo de pesadumbre, evidente vestigio de las tres persecuciones acaecidas el día anterior, aguardaba en la misma mesa de siempre, la del sector “no fumador”, junto a la gran ventana del vidrio fijo. Con lentitud revisaba minuciosamente todas las notas que había garabateado dos noches atrás, mientras el insomnio no lo dejaba conciliar el sueño. Entre todos aquellos papeles encontró una cosa más. Era un dibujo en blanco y negro, hecho perfectamente sin haber borrado siquiera una vez, tal como salen las acciones más violentas y pasionales en la vida. Había nacido como producto del miedo, del querer reconocer o ponerle un rostro a su hipotético perseguidor. Ese que aparecía entre las fétidas y ácidas emanaciones provenientes de las alcantarillas o entre la niebla, utilizando cada uno de esos impensables conductos como vía de transporte para su nebuloso cuerpo alienígena.

Afuera los autos se desplazaban, lentos. Era hora pico y la calle abarrotada era el único paisaje que uno podía vislumbrar desde el interior del Café Electrónico.

¿Pero era realmente así? ¿No había un sinfín de obras enmarcadas de diversos pintores colgando de las cobrizas paredes del lugar? ¿La de allá en la esquina no era una acuarela de Turner y por aquel sector un exquisito panorama de Monet? Sin embargo, la razón por la cual no se dejaba atrapar por las somnolientas garras del arte, de dejarse llevar por la belleza de las altas colinas, de empararse en todos esos arroyos colmados de peces que saltaban y quedaban suspendidos en el aire, o entre las infinitas láminas de hierba fresca, era porque el día, en el exterior, parecía estar muriendo, o esperando a que una muerte segura se perpetrara en cierto momento. El aire parecía haberse detenido. Todo era sofocante. La ciudad estaba aguantando la respiración.

Tomó con manos temblorosas la hoja donde reposaba el insidioso boceto de la cosa que lo atormentaba. Luego de haberlo finalizado se percató de que la mayoría de las líneas trazadas le rememoraban algo conocido, intensamente fami-

“Tomó con manos temblorosas la hoja donde reposaba el insidioso boceto de la cosa que lo atormentaba. Luego de haberlo finalizado se percató de que la mayoría de las líneas trazadas le rememoraban algo conocido, intensamente familiar.”

liar. Podría haberlo creado a partir de una figura conocida. Eso en parte lo tranquilizaba, ya que le daba a entender que al fin y al cabo todo podría llegar a ser producto de su mente cansada y aturdida. No obstante, eso tampoco era una buena señal. O algo fallaba en él o su temible rastreador realmente existía.

—Lo de siempre? —consultó Naty, la mesera que trabajaba de 7hs a 14hs en el Café Electrónico.— ¿Café negro doble y tres medialunas de manteca, no? ¡El desayuno de un campeón, eh!

Apartó y apiló los papeles a un costado de la mesa, junto al cartelito de plástico que mostraba las promociones del día, dejando su increíble obra al principio de la blanca torre de pliegues. Acto seguido, como si fuese un niño curioso, siguió con la mirada las manos de Naty, esas preciosidades que trabajaban con la destreza que acarrea la experiencia.

—¿Alguna vez te dije que tenés un aire a Julia Roberts? —le dijo mientras ella apoyaba finalmente un diminuto vaso con soda en el individual de goma roja con el logo del negocio— En esa peli... la de Peter Pan. No me acuerdo el nombre.

—Creo que casi todas las veces que te atiendo me parezco a alguien. Lo único que ayer era en *Notting Hill* y antes de ayer en *La boda de mi me-*

for amigo.

Él ahogó una risita mientras le daba un sorbo a la primera taza del día.

—Pero un cumplido es un cumplido, ¿no es así?

—Y ella se retiró, sonriéndole y guiñándole un ojo entre el mechón que le bailoteaba a la altura de la nariz.

Natalia Crumer, a pesar de ser una excelente mesera, era de esa clase de personas que detectan con facilidad cuando uno tiene un problema que lo sobrepasa. La “mujer sensor”, había sido el mote elegido chistosamente para sumarla a la agenda de su celular. Pero fue el paso del tiempo quien terminó comprobando de una vez por todas la veracidad y preponderancia nata con la que ella se valía para elegir y manejar las palabras. La denominación que empezó siendo una simple cargada le calzó como un guante después de innumerables charlas y consejos. Como en esa ocasión en que él trajo de contrabando una petaca de whisky y la volcó en el exprimido de naranja. Esa misma mañana había tenido lugar una de las peleas más agresivas con su esposa, Rita, hasta el punto de arrojarle un plato que él esquivó y que fue a parar al piso, haciéndose añicos. Rita Antonopulos era una mujer celosa y la razón de tal disputa había sido por haber hurgado y encontrado entre los exámenes que él llevaba a su casa para corregir, la carta de una alumna.

—¡Ese sí que es un dibujo! —En la mesa de enfrente un niño esbelto con el cabello rapado y un diente partido, se había dado vuelta y con las rodillas sobre el asiento observaba a la criatura bocetada en la hoja gruesa—. Yo también lo hago... digo, eso de dibujar. Y pinto re bien. Más que nada monstruos como el suyo, señor. —El pequeño hablaba pero él se hallaba enfrascado en los insalubres colores del exterior—. Mi papá fue al baño. Me preguntaba si cuando venga... ¿Le podría mostrar lo que hizo? ¿Eh? ¿Puedo? ¿Qué dice? ¿Se acuerda cómo se la cogió arriba del escritorio en la fiesta de egresados?

Silencio. De repente y con un movimiento que le hizo sonar el cuello en un poderoso crack, giró su cabeza buscando al propietario de esas palabras. Esas sucias palabras que no deberían haber sido articuladas.

—¿Qué fue lo que dijiste?

Cuando ya hubo reconocido de dónde brotaba la voz se concentró plenamente en el niño.

—¡Repetime lo que dijiste ahora mismo!

—Eso. Que dibuja muy bien. Y que me gustaría mostrarle lo que hizo a mi papá que fue al baño. El café de máquina siempre le cae mal a la mañana, pero de todos modos lo sigue tomando. ¿Puedo entonces?

—Me parece... excelente.

La frente comenzó a darle puntadas de tanto analizar lo que había oído. Consternado, inmuniéndose ante el peligro que parecía estar acechando detrás de cada una de esas palabras, trató de excusarse.

—Sí, me parece perfecto. Pero ahora debo pedirle que se meta en sus asuntos, notable caballero. —Tomó una servilleta y se enjugó la transpiración que comenzaba a bajarle por las sienes en finos hilos transparentes—. En otra ocasión se lo mostramos. Tengo que partir al trabajo. —Y viendo que el padre del niño se acercaba, apuró el paso y estuvo a punto de chocar contra uno de los mozos que venía despreocupadamente con un desayuno completo sobre una gran bandeja plateada.

A la mañana siguiente fue cuando la falla apareció de improvisto. De la misma manera en que un brote de locura resquebraja la deteriorada tela de una realidad impotente ante el destino inquebrantable de un individuo, permitiendo que las cosas del otro lado pasen libremente entre cada poro microscópico.

Las imperfecciones no tardaron en dejarse ver. Se manifestaron, diversas, tales como los negros síntomas que atestan un organismo vivo deseoso de quitarse de encima a la detestable bacteria que le complica la libre funcionalidad de existir.

Cuando estacionó el auto y cruzó a la acera de enfrente, la del Café Electrónico, percibió un ligero cambio, no uno drástico que le hiciera pensar que todo se desmoronaba, pero sí uno que le transmitió cierta pizca de incomodidad e intriga. Al querer abrir la puerta del lugar, que desde que visitó por primera vez mantuvo el pomo metálico en el lado derecho, se topó con que este se hallaba extrañamente en la parte contraria. Osea esa mañana la puerta debería tener que abrirse como siempre, hacia adentro, pero con un ligero cambio: la doncella tendría que ser tomada de la mano izquierda, la equivocada.

De todas maneras ingresó y buscó su rincón de siempre.

Desparramó sus notas por toda la superficie de la mesa y como en los últimos días tomó con un acentuado temblequeo el dibujo de su perseguidor y lo observó detenidamente. Para su sorpresa ahí ya no había nada. Los trazos habían desaparecido. Lo que miraba con ojos desorbitados era solo una hoja en blanco.

Notó que la incomprensión le calentaba las mejillas, cosa que le pasaba cada vez que algo le ponía los nervios de punta, y empezó a sudar. Sin siquiera pensarlo abrió la ventana para tomar un poco de aire y se encontró nuevamente cara a cara con aquel cielo mórbido que le informaba que no se iría a ninguna parte hasta que algo ocurriera. Casi al borde de la náusea optó por cerrar la ventana, esa que en el “otro mundo”, ya muy lejos de él, era incapaz de abrirse ya que se trataba de un grueso panel incrustado en la pared del edificio, y eligió quedarse con el aroma a café tostado y las medialunas recién horneadas.

Al regresar la vista hacia la mesa inundada con todos sus papeles el violento ruido de unos vidrios haciéndose pedazos lo hizo levantarse de su asiento como si le hubiesen dado una fugaz descarga eléctrica. Un tipo esquelético, una larva humana, había arrojado uno de los hermosos cuadros al suelo con suma despreocupación, y en ese instante lo suplantaba, colgando “La Ultima Cena”, de Leonardo Da Vinci.

Con la sensación de estar flotando dentro de un globo demasiado inflado, se dirigió hacia aquella escena que se desenvolvía a unos pasos de él. El hombre, que lucía como si le hubieran liposccionado toda la grasa y los músculos del cuerpo, se bajó de la pequeña escalera de tres peldaños que había escalado para colocar el cuadro y enfocó su vista en el sujeto que se le acercaba. Afuera, el cielo se torno más oscuro, y tanto la gente como los vehículos y las calles y los animales se tiñeron con el pigmento de la demencia y de la inestabilidad.

El tipo era Naty. Daba la impresión de que una bacteria maligna se hubiese ensañado con cada fibra de su cuerpo y ahora caminaba entre el difuminado puente de la vida y la muerte como una lánguida bolsa de huesos.

—¿Y ahora qué opina? ¿Sigo pareciéndome a Julia Roberts?

Naty Crumer. Sí, era ella. Antes una mujer tan vigorosa, tan joven, tan aplicada, tan amable, y

ahora insólitamente convertida en un terrible despojo de energía y humanidad.

—Puede que en “Mujer Bonita”, ¿no le parece? —continuaba ella—. No alardeo cuando digo que por un par de pesos me chupo hasta el Río de la Plata.

Él observaba las cuencas negras de aquel rostro flaco y seco, donde los ojos de Naty se habían perdido como dos preciosas joyas en el fondo del mar.

Con paso fatigoso, con la sensación de tener los zapatos hechos de gelatina, o de estar arrastrando mediante una gran cadena una roca maciza, regresó a su mesa donde uno de los mozos llegaba con una de aquellas enormes y relucientes bandejas.

Asentándola dificultosamente sobre la mesa destapó con ímpetu y algo de teatralidad exagerada la cubierta de plata y dejó el absurdo contenido al descubierto. Allí no había comida alguna sino un pequeño abuelo, un enano convaleciente sur-

“ Desparramó sus notas por toda la superficie de la mesa y como en los últimos días tomó con un acentuado temblequeo el dibujo de su perseguidor y lo observó detenidamente. Para su sorpresa ahí ya no había nada. Los trazos habían desaparecido. Lo que miraba con ojos desorbitados era solo una hoja en blanco.”

cado por infinitas arrugas rosáceas, con un suero conectado a cada uno de sus brazos, donde las venas no eran más que arenosos canales en una tierra marchita y desquebrajada.

—Yo también se dibujar, señor.

Las palabras salieron una por una de aquella boca estrecha donde un diente partido le daba cierta particularidad. *Familiar*, eso fue lo que pensó. Vagamente familiar.

—Mi padre fue al baño, pero tranquilo que ya regresa. Quiero enseñarle mi último trabajo. Mire, mire.

Levantando uno de sus cortos brazos trató de alcanzarle un papel garabateado pero el ininterrumpido catarro que lo atosigaba no le permitió hacer contacto con la mano quieta y alzada. Hasta que el estremecimiento cesó y el dibujo fue a parar a un par de palmas abiertas que iniciaron su propio crispamiento. Se trataba del dibujo de una manzana sobre un escritorio. Nada más que eso. Pero él entendía el poder de esos dos objetos juntos y miró con desagrado al viejo decrepito recostado sobre la fuente, ahora remojada en líquidos.

—¿Algo más que decir al respecto? —preguntó aplastando el papel dentro de su puño.

—No hay manera de despegarse de una vagina de dieciocho años. —La tos había vuelto al galope y las oraciones se intercalaban con fuertes arcadas y escupitajos que direccionaba al suelo.— El fruto prohibido, amigo mío. No hay manera de despegarse de él.

Entonces descubrió que los cambios habían afectado a todos.

Más allá, cerca de la titánica máquina de café industrial, en una mesa para dos, una pareja digería clavos oxidados mezclados en su desayuno. Al masticarlos uno podía ver claramente cómo las puntas filosas se adentraban entre la carne de los pómulos y salían al exterior, donde la sangre daba brincos.

También se escuchaban risotadas ensordecedoras que provenían de un sillón ubicado frente a un televisor que repetía una y otra vez una escena de El Gordo y El Flaco. Una roca extraordinaria perseguía al famoso dúo cómico por una caverna repleta de trampas en algún lugar escondido del Lejano Oeste.

Se alejó del enano abuelo y se dirigió hacia las risas empalagosas. En realidad no había ninguna

“Más allá, cerca de la titánica máquina de café industrial, en una mesa para dos, una pareja digería clavos oxidados mezclados en su desayuno. Al masticarlos uno podía ver claramente cómo las puntas filosas se adentraban entre la carne de los pómulos y salían al exterior, donde la sangre daba brincos.”

persona, era el mismísimo sillón el que reía. Aunque tenía un rostro que emanaba del propio respaldar. Las facciones comprimidas se desplazaban sosegadamente como en una tensada máscara de látex.

—Es la mejor parte. ¿No te parece? —profriró el hombre-sillón—. Sin dudas es la mejor parte. —Y continuó con las carcajadas y la atención puesta en la pantalla del televisor. En aquella reiteración sin sentido.

Con la cabeza hecha un embrollo de cables pelados caminó hacia la puerta.

Esa noche debía ser la noche. No había más tiempo. Se le había acabado el plazo.

Afuera el cielo lo recibió con el tono de un mineral extraterrestre. Indigo, el dios del templo.

Al llegar a su casa se recostó y advirtió casi sin inmutarse que había faltado al trabajo. Hoy no tiene importancia, se dijo. Y durmió hasta que el sol desapareció y la luna se impuso en lo alto de la bóveda como una inmensa moneda bañada en mercurio.

La cena ya estaba lista a eso de las diez. Rita acomodaba los cubiertos y las copas con aire despreocupado y él descorchaba una botella de vino tinto.

—0111555229856 —murmuró ella desde la cocina.

—No te escuche bien, amor. ¿Qué dijiste?

—Que espero que te guste la cena. Le puse trozos de manzana.

Revista Rocamadour

Historias originales

**SUSCRIBITE
AL NÚMERO
DIGITAL
POR \$60
POR MES**

**Revista literaria
de publicación
mensual declarada
de interés cultural**



**ENVIANOS UN MAIL A
ALEJANDROTORRES_LP@HOTMAIL.COM
Y TE MANDAMOS UN LINK DE
PAGO JUNTO CON EL EJEMPLAR
PARA QUE NO SALGAS DE TU CASA**



**CONSEGUÍ LOS NÚMEROS
ANTERIORES A ¡\$40 CADA UNO!**



112350-9958



Ediciones **Rocamadour**

WWW.EDICIONESROCAMADOUR.COM.AR

LETARGO

Por ANDREA RIQUELME

Cuando llegué a casa me quité la ropa y con las carentes fuerzas que habían sobrado me dejé caer en el sillón. Allí sentada derramé el llanto más sentido de mi vida. Él supo tomar varias formas: primero erguido, luego en cuclillas. Me humedeció el cabello largo por el transcurrir del tiempo, se sumergió en la comisura de los labios y se perdió en alguna parte de ese living.

Estoy sucia.

Todas las paredes de mi hogar también lo están, y ya no me gustan.

Intenté tapar los agujeros y quebraduras que se plegaron a sus paredes esa primera noche que quedé sola. Parecía haberlo hecho bien. Le abracé colores y volqué luz para alivianar la carga de los rincones más oscuros, pero hoy todo vuelve a estar hecho pedazos y esta vez no tengo cómo disfrazarla.

Mutilada.

Por dentro y por fuera. Me duele tener que caminar. No quiero levantarme y así pasan horas hasta

que los dedos de mis pies se enfrían y el duro empeine comienza a temblar.

Cabizbaja,

recorrí sus habitaciones. Con un silencio tan presente que me escuché respirar. Cerré sus ventanas y me volví a vencer, por muchas horas, bajo la tibieza de las aguas.

Aún terminando ese baño y ya recostada otra vez allí, me siento sucia. Todo está sucio, manchado, contaminado.

El cuerpo no habla, las cuerdas vocales quieren dormirse. No importa si vuelve el frío. Todo está muerto. No sé preguntarme qué pasará mañana, quién soy hoy y abandoné lo que creía haber sido ayer.

Una vez me dijiste que probablemente merecía todo eso, lo único que sucedió fue su retorno a mi mente. Te recordé furioso y con rabia en la mirada.

Amaneciendo en la persiana me fui quedando dormida. Con pena en el cuerpo y dolor en sus marcas.

Ediciones **Rocamadour**



¿CONOCES NUESTRA PÁGINA WEB?

www.edicionesrocamadour.com.ar

Ingresá y seguí leyendo historias originales



ÁMAME

Por ALEJANDRA LLANOS

Capítulo I

—¡Jesú mi Dios! —dijo la joven sorprendida.

Un fuerte nudo se apretó en el pecho de Helena, sintió que el cuerpo le pesaba el doble, y no pudo hacer más que darse la vuelta y volver por donde había venido.

La tormenta no menguaba y ella estaba muerta de frío y muy desanimada para seguir preguntando. Sacó el papel de su bolsillo y lo volvió a mirar, no sabía lo que estaba ahí escrito pero el padre Santiago le había dicho que esa era la dirección de la casa del señor Muñoz, incluso él mismo la ayudó a memorizarla por si tenía que pedirle indicaciones a alguien. Pero ni así pudo llegar, sentía mucha vergüenza por ser una ignorante. Arrugó el papel en su mano y lo dejó caer. El nudo de su pecho había subido hasta su garganta. Quería llorar y estaba poniendo toda su fuerza de voluntad en no dejar caer ni una lágrima.

Por suerte todos habían sido amables y la habían guiado, por ello se sentía muy estúpida al haberse perdido y lo peor es que el hombre ese había sido muy cruel al cerrarle la puerta en la cara. Eso la había asustado lo suficiente para quitarle las ganas de seguir probando en alguna otra casa.

Apuró el paso por las calles adoquinadas sin preocuparse de que las mismas ya estaban cubiertas de agua que le llegaba hasta los tobillos. Total, ya no puedo mojarme más de lo que estoy, pensó.

—Mierda —dijo pateando el agua.

Se había traído su mejor ropa y no es que tuviera mucha. Eran tres polleras, dos vestidos y el saco de lana que ahora llevaba puesto, que dicho sea de paso iba a tardar bastante en secarse, y ahora como frutilla del postre sus botas se iban a arruinar con el agua. La angustia se transformó en ira. Todo era una enorme estupidez, ¿por qué se había ido hasta Alta Gracia en un principio? Su hermano tenía razón cuando le dijo que su lugar estaba en su casa, pero no, ella tenía que ser cabeza dura y no escuchar a nadie, cómo se iba

a reír Lucas cuando supiese lo que le pasó. Trató de animarse a sí misma pensando que quizás al señor Muñoz no le importaría que ella llegue un día después y la contrate de todas formas.

Tardó unos veinte minutos en llegar a la iglesia y cuando estuvo frente a ella no se animó a entrar ya que no sabía con qué cara iba a mirar al padre Santiago después de su estúpido fracaso en algo tan simple como buscar una casa. Era un gran hombre que la ayudó a conseguir un buen trabajo y que la acompañó hasta Alta Gracia, todo para darle una mano a ella y su familia. No se merecía que lo hiciera quedar mal con su empleador, eso la angustió todavía más de lo que estaba.

Helena tomó tímidamente el picaporte y abrió lentamente la puerta del recinto. La misma rechinó sobre sus bisagras. No le impresionó que estuviera vacío con semejante lluvia, se dirigió a una oficina que había del otro lado del confesionario, abrió la puerta y sintió cómo el calor del cuarto la envolvía. Ahí se encontró una viejita con delantal de espaldas a ella, calentando en una cacerolita mate cocido en la cocina a leña. Ambas ya habían sido presentadas esa misma mañana. La señora, dijo, se llamaba Bartola y era la que ayudaba a hacer la limpieza y demás tareas en la iglesia.

—Hola, doña —dijo Helena desde la puerta.

La mujer se giró rápidamente al haberla escuchado.

—¿Usted de guelta? —dijo Bartola impresionada por verla—. Mire lo empapáa que vino.

—Lo que pasa es que ió me perdí —dijo con la cara roja.

—Iá le había dicho ió al padrecito que no le vaia a mandar sola —dijo ella cruzando los flacuchos brazos—. Iá me va a escuchar cuando iegue.

—Es mi culpa, ió soy media mamerta, vió —dijo Helena mientras se restregaba las manos, nerviosa.

—Bueno ahora cuando iegue el padre vemo que

hacemo. Mientras tanto vaia a cambiarse, no se vaia a enfermar.

Bartola era una mujer de unos setenta años, con el cabello blanco bien cortito en el cuál llevaba un pañuelo gris atado. Tenía ojos color verde pardo, una larga nariz y una boca desdentada. Era una mujer extremadamente delgada y bajita, mediría un metro cuarenta, pero no había que dejarse engañar por su apariencia ya que la chispa de sus ojos y su carácter jovial la hacían parecer una mujer treinta, o incluso, cuarenta años menor de lo que era. Ciertamente ambas habían congeniado desde un principio.

La mujer la guio hacia un cuarto chico que había del otro lado de la oficina. Allí había una cama con un colchón solo y un ropero seguramente vacío. A un lado de la puerta estaba la valija que ella había traído desde Mina Clavero y que había preferido dejar en la iglesia para que no se mojaran el resto de sus cosas.

—Podes cambiarte acá —dijo Bartola—, ahora te traigo algo pá secarte.

Dicho esto, la mujer dejó el cuarto cerrando la puerta tras de sí. La muchacha quedó sola en el cuarto con la ropa goteando en el suelo de madera, en esa soledad no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

Un fuerte trueno quebró el silencio de la iglesia cuando el padre Santiago Silva entró. Le sorprendió mucho que en el recinto hubiera alguien con semejante temporal, pero al acercase no pudo creer lo que veían sus ojos sentado en la primera hilera frente al altar.

—¡Miren a quién trajo el agua! —exclamó el cura—. Me sorprende que no hayas ardidido en llamas apenas entraste a la Iglesia.

Leopoldo lo examinaba seriamente a Santiago con la mirada.

—Debe ser porque acá no vive ningún Dios —contestó Leopoldo con una pícaro sonrisa de lado.

—Eso es una blasfemia —contestó Santiago, cortante.

—¿Eso quiere decir que no se puede decir la verdad en la iglesia? Ya veo... sí... eso tiene mucho sentido —dijo mientras se levantaba.

“Santiago tenía ganas de ahorcar a su amigo y sería algo sencillo ya que él era más corpulento y más alto que Leopoldo. Solamente lo detenía el hecho de que estaba en la iglesia.”

Ambos quedaron parados frente a frente con una mirada fría. La vieja Bartola, que se había asomado al escuchar la conversación, se quedó petrificada al ver la escena. Fue entonces que en la cara del padre se dibujó un gesto fraternal y estrechó a Leopoldo en un abrazo.

—¡Amigo mío cuántos años sin verte! —dijo Santiago entre carcajadas— Te extrañé mucho.

—Sí, pasaron algunos años, pero sigue sin gustarme que hagas esto —dijo con el cuerpo rígido y los brazos a ambos lados del cuerpo sin responder al abrazo de su amigo.

—Jajajaja, cuándo no, el viejo amargado —contestó Santiago, soltándolo inmediatamente—. Se me olvidó que no te gustan los abrazos.

—Es incómodo viniendo de otro hombre y más desde que se te dio por andar con vestidos —dijo haciendo un gesto fatalista.

—Muy cómico —contestó Santiago frunciendo el ceño—, es una sotana, no un vestido.

—Claro eso lo hace menos raro —dijo alzando las cejas tratando de contener la risa—. ¿No te entra frío por ahí abajo? —preguntó con un tono más serio.

Santiago tenía ganas de ahorcar a su amigo y sería algo sencillo ya que él era más corpulento y más alto que Leopoldo. Solamente lo detenía el hecho de que estaba en la iglesia. Ciertamente la afición por hacerse el gracioso era un lado que solamente él conocía de Leopoldo. Ellos eran amigos de toda la vida y siempre fueron capaces

de ser francos el uno con el otro. Pero desde ya era tan molesto que cuestionara constantemente su decisión de ser cura, sin nunca guardarse para sí lo ridículo que le parecía el catolicismo y las normas de vida que había elegido, que a esto se le sumaba tener que contener su propio lado irritable.

—¿Viniste a burlarte de mí? —preguntó Santiago levantando la voz.

Leopoldo no pudo evitar reír, ciertamente le gustaba hacerlo enojar. Y entonces, recordando la causa de su visita, su sonrisa se desvaneció.

—En realidad vengo a preguntarte ¿qué carajo tenés en la cabeza? —Su tono había cambiado volviéndose totalmente frío.

—¿Qué? —Santiago no entendía qué estaba pasando ahora.

—Vino la señora Duarte a casa —dijo Leopoldo cruzando los brazos.

—¿Hay algún problema con ella?

—¿No la viste?

—Ehmm sí, claro que la vi —dijo Santiago todavía sin entender cuál era el problema.

No podía creer que no se diera cuenta y, lo que es más, ahora no sabía cómo tocar el tema de la belleza en cuestión sin quedar él como un lujurioso. En ese momento pensó que quizás alegar que no podía contratar a una mujer tan hermosa era lo más estúpido que jamás se había escuchado, y más cuando Santiago estaba totalmente perdido. Eso lo llevó a pensar si es que su amigo estaba castrado física y mentalmente o era un boludo sin remedio que mandaba a una chica joven y sola a trabajar con cama a la casa de dos hombres solteros.

—No puedo contratarla, ella no es lo que yo esperaba —dijo finalmente.

—Pero, ¿qué es lo que esperabas?

No me hagas decirlo, imbécil. Acá sí que no podía ser franco con él. Santiago no entendía nada de hombres y mujeres, era como hablar con un nene de escuela. ¿Cómo podía ser tan mojigato? Ya era tarde para que alguien le hablase del asunto sin que la blanca palomita se pusiera a rezar el rosario diciendo que eso era pecado. Claro que no le iba a decir: "Yo quería una vieja gorda con bigotes". Decir eso era inútil porque para Santiago todas eran iguales.

—Lo lamento, pero no parece tener ninguna experiencia en nada. Es muy joven.

—No seas tan prejuicioso —contestó Santiago—, todavía no la viste trabajar para asegurar eso.

—Es muy joven para trabajar con cama en la casa de dos hombres solteros, ¿eso sí lo entendés?

Santiago pareció meditarlo un momento y sentenció.

—¿Me estás diciendo que ustedes serían capaces de perjudicarla de alguna manera?

Ahora se está yendo al carajo. Pensó que primero no entendía nada y ahora entendía para cualquier lado y ¿por qué lo ponía en la misma bolsa que a su hermano? Santiago, irritado, apoyó las manos en sus caderas y lo miró ceñudo esperando una explicación. ¿Qué podía explicarle? Si en realidad era muy probable que así fuera. Él podía intentar impedirlo, pero lo más seguro sería no arriesgarse a que ella conozca a Joaquín.

—Prefiero no seguir con esto si no te importa. Podemos arreglar las cosas solos mientras buscamos otra empleada más acorde a la situación.

—¿Y ahora qué voy a decirle? Ella se vino desde Mina Clavero y necesita mucho este trabajo.

—Bueno, yo no voy a emplearla, prefiero limpiar yo mismo la casa.

Un silencio incómodo los envolvió en ese momento. Leopoldo se sentía terrible al dejarle toda la carga a su amigo de mandar a la pobre chica a su casa después de prometerle trabajo. Entonces se abrió la puerta de la cocina y Helena apareció ya cambiada con una camisa blanca y una falda larga gris de lana. Llevaba el pelo suelto y ondulado que le llegaba hasta la cintura. La jo-

“No podía creer que no se diera cuenta y, lo que es más, ahora no sabía cómo tocar el tema de la belleza en cuestión sin quedar él como un lujurioso.”

“Ahora se está yendo al carajo. Pensó que primero no entendía nada y ahora entendía para cualquier lado y ¿por qué lo ponía en la misma bolsa que a su hermano?”

ven sostenía un jarro de mate cocido humeante en cada mano y una radiante sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, padre. Doña Bartola me mandó a invitarles algo calintito y... —Helena quedó muda al ver al hombre que le había cerrado la puerta en la cara esa mañana.

Santiago seguía sin notar nada. Ni el silencio súbito de la joven y mucho menos la expresión fastidiosa de su amigo.

—Muchas gracias, Helena —contestó el cura tomando ambas jarras. Luego miró hacia abajo y notó sus pies— ¿Qué pasó que estas descalza?

Ella, avergonzada, se refregó nerviosamente las manos y le dijo con la mirada esquiva:

—Se están secando frente al hogar, padre —arqueó los hombros despreocupadamente— es que ía estaban muy mojados, vió, y es peor ivaros puestos así que andar en pata numás.

—Bien. Estaba charlando con mi amigo. Al parecer tenemos un problema —dijo el padre.

Cumplehomenaje / Mayo

Todos los días hay un escritor que celebrar. Y si bien MAYO ha sido el mes de nacimientos tan prolíficos como el de Marco Denevi, Juan Rulfo, Arthur Conan Doyle, John Cheever, Dashiell Hammett, G. K. Chesterton, Dante Alighieri, Walt Whitman entre muchos otros, queremos traerte esta poesía del escritor estadounidense Raymond Carver nacido el 25 de mayo de 1938, llamada CEBO:

En el río Columbia, cerca de Vantage,
Washington, pescábamos corégonos
en los meses de invierno; mi padre, el Sueco...
-el señor Lindgren- y yo. Ellos utilizaban carretes de cintura,
plomadas largas como lápices, anzuelos rojos,
amarillos, pardos cebados con gusanos.
Querían guardar distancia, y se iban hasta el borde de los rápidos,
Yo pescaba cerca de la orilla, con caña y cebo de pluma.

Mi padre mantenía las larvas vivas y calientes
bajo el labio inferior. El señor Lindgren no bebía.
Durante un tiempo me gustó más que mi padre.
Me dejaba conducir su coche, me tomaba el pelo
con mi nombre Junior, y decía
que un día me haría un hombre hecho y derecho,
acuérdate de lo que te digo, y pescaría con mi propio hijo.
Pero mi padre tenía razón. Quiero decir
que se quedaba en silencio y miraba el río,
y movía la lengua, como un pensamiento, detrás de la carnada.

BOXING BEARD

Por FEDERICO DI PILA







¿QUÉ TE PASA? ES NUESTRA OPORTUNIDAD DE IRNOS.



NO NOS VAMOS A NINGUN LADO.
HOY ES MI ÚLTIMA PELEA Y LA
TENDREMOS. ES MI RETIRO.
MI CONSAGRACIÓN.

DE QUÉ HABLAS ¿NO TE DAS
CUENTA DE QUE ESTO ES UNA
FARSA, QUE SOMOS ESCLAVOS
DE ESTOS ANIMALES?

QUE SE QUEMEN, QUE
SE PUERAN. VOS CON
ELLOS SI QUERÉS. YO
ME VOY.

¡CALLATE! SOY PARTE DE
ESTE CIACC Y ESPERE
AÑOS POR ESTE DÍA.
¿SENTENDES?

¡OLENTA SI QUERÉS. YO ME VOY!
¡HAY UN MUNDO ESPERANDO A PASAR!



¡A FUERA NO HAY NADA!
¡NADA!



DRAA 2018

CUARENTENA OTOÑAL

Por HUGO CANAL BIALY



Apenas un pálido verde con tonalidades gastadas vestían los campos a orillas de la ruta, tristeza en el Puente “Pajarito” poblado de soledad, casas sin conexión, ni movimientos, integran un tablero de ajedrez urbano en los barrios céntricos del “Pueblo del árbol”.

Dos ciervos huyendo entre las calles próximas al paso a nivel de la calle Piedras, desorientados, prófugos de su hábitat, escapando de su destino.

En el banco apenas una fila de diez humanos, con barbijos, alienados aguardan para acceder al cajero, no se miran, no hablan, guardan distancia, el miedo se filtra a través de sus cuerpos, como auras que sentencian su incertidumbre y desolación.

Los plátanos de la plaza lucen amarillos, naranjas y ocres en sus ramas cansadas, sin humor, sin emoción, cayendo sus hojas sin recibir atención, participando del paisaje, aportando silencio al estado de preocupación.

Un perro perdido deambula por la estación, sin

gente a la vista, ausente de ruidos, los trenes dormidos por un tiempo no pasarán.

El cielo de un azul intenso invita a volar, disfrutando sin vientos hostiles la amada libertad, el sol del mediodía caliente generoso, parejo, agradable, amistoso en la estación más placentera del año, con media intensidad y una pausa casual.

Altivo el campanario de la iglesia, ofrece una postal extraña, calles desiertas ¿A dónde se fueron todos? ¿Cuándo se detuvo el tiempo sin invitación?

Llego a mi nido, en un alcanfor protector, anfitrión que da seguridad, para que puedan resguardarse mis pichones.

Esperar a que la primavera traiga las condiciones y el impulso para volver a plegar mis alas y poder enseñar los secretos del firmamento, con el aire sin peligro, despojados de todos los sueños que no podemos cumplir.

Es temporada de guardarse, de sanar, heridas, de renovar plumajes, de ensayar cantos nuevos, hasta que los vientos de cambio nos inviten a salir, cuando pase la tempestad.

No hay sombra en el espejo (1999)

Por MARIO BENEDETTI



No es la primera vez que escribo mi nombre, Renato Valenzuela, y lo veo como si fuera de otro, alguien lejano con el que hace tiempo perdí contacto. En otras ocasiones, frente al espejo, cuando termino de afeitarme, veo un rostro que apenas reconozco, como si fuera un borrador o una caricatura de otro rostro, al que estoy más o menos habituado. Entonces pienso que esa mirada no es la mía, que esas pupilas de rencor no me conciernen, que esas arrugas pertenecen a otra máscara, que esos fiordos de calvicie no se corresponden con mi geografía capilar. Es cierto que tales dispersiones suelen ser momentáneas, metamorfosis que duran lo que un suspiro, pero siempre me dejan inestable, desasosegado, indefenso. Es por eso, Renato Valenzuela, que tal vez haya llegado el momento de ajustar nuestras cuentas. Con el tiempo, con el pasado, con las heridas, con las promesas, contigo/connigo. Todas.

No caigamos en la vulgaridad de achacarle todo lo ignominioso a la borrosa infancia. Allá quedó, detrás de la neblina. Mis recuerdos se dejan ver a través de un vidrio esmerilado llamado memoria. Te veo desnudo en el campo, bajo una lluvia que no discriminaba, los flacos brazos en alto, gozando de esa felicidad inaugural, que por cierto no volvería a repetirse, al menos con esa intensidad.

Te veo niño, asombrado ante el raro espectáculo del peoncito que fornicaba (vos creías que jugaba) con alguna oveja, pasiva e inerte, por supuesto ausente de aquella violación antirreglamentaria. Tu adolescencia fue un sueño. Soñabas incansablemente y cuando por fin yo despertaba vos seguías soñando. Con bosques, con olas, con pechos, con soles, con hambres, con manos, con muslos. Tus sueños eran de deseo y mis vigiliass eran de censura.

A menudo surge algún sabio de pacotilla, capaz de asegurar que el espejo siempre es honesto. Mierda de honesto. El espejo es un farsante, un

traidor, un ladino. Ese Renato Valenzuela que está ahí, mirándome socarrón, pálido de tanto insomnio, es un remedo frágil de mí mismo, un facsímil sin sangre, una cosa. ¿Dónde está, por ejemplo, el latido de mis sienes, el corazón rebosante de logros y fracasos, las manos que no son garras sino proveedoras de caricias?

La estampa del espejo es lo que no quise ser: un fantoche gastado que convoca a la muerte. Por esos falsos ojos circulan escombros de deseos, que ya ni siquiera puedo vislumbrar y menos aún recordar. Ese Renato Valenzuela es un epílogo del Renato Valenzuela que digo ser. Que soy. O no? ¿O será acaso, este yo de carne y hueso, el pobre duplicado del que se mueve en esa luna? Dijo el poeta: "El mar como un vasto cristal azogado / refleja la lámina de un cielo de zinc". Ese Renato de cristal azogado ¿reflejará la nada de mi cielo de zinc? ¿O acaso estará más cerca de lo que dice en la estrofa siguiente: "El sol como un vidrio redondo y opaco / con paso de enfermo camina al cenit"?

¿Dónde está, en esa copia servil que es el espejo, el veinteañero aquel que sedujo a Irene, o sea el seducido por Irene, el que tembló como una vara cuando ella lo enlazó con sus brazos de enigma? ¿Dónde quedó el que besó y besó aquel cuerpo indescriptible, se sumergió cándido en él, feliz sin asumirse, volado en el amor?

No hay sombra en el espejo. La sombra es de los cuerpos, no de las imágenes. Mi hijo Braulio tiene seis años de sombra. Nunca lo pongo frente al espejo, para que no la pierda. Irene, en cambio, ya no tiene imagen. Ni sombra. Se la llevó el espanto. Hay finales de paz, de dolor, de inercia, también de espanto. El suyo fue de espanto. Sin embargo, en los ojos del espejo no está su muerte. En los ojos de mí mismo sí lo está. Es imposible desalojarla, omitirla, extraviarla.

Mi hijo me mira con los ojos de Irene. Un río de tristeza circula por mis venas, pero me he olvidado de llorar. Con mis ojos y con los del espejo. A Braulio no lo traigo al espejo para que no se gaste, para que no empiece, tan niño, a envejecer, para que siga mirando con los ojos de Irene.

Aclaro que todo esto es de un pasado. Reciente, pero pasado. Reconozco que hoy tuve una sorpresa. Como todas las mañanas me enfrenté al espejo y le hablé. Le hablé y le hablé. Creo que hasta le grité. De pronto advertí que la boca del espejo

permanecía cerrada. Volví a hablar, lo insulté. Y nada. Sus labios no se movieron. Curiosamente, su mirada era de retroceso.

Entonces sentí que me inundaba un extraño regocijo, un esbozo de felicidad.

Y no era para menos. Por vez primera lo había dejado mudo. Por vez primera lo había derrotado. Inapelablemente.

Señales de humo

Por MARIO BENEDETTI

Cuando estás en el filo de lo oscuro
y le rindes honor desde los huesos
cuando el alma purísima del ocio
pide socorro al universo inútil
cuando subes y bajas del dolor
mostrando cicatrices de hace tiempo
cuando en tu ventanal está el otoño
aún no te despidas / todo es nada /
son señales de humo / apenas eso.

tu mirada de viaje o de desiertos
se vuelve un manantial indescifrable
y el silencio / tu miedo más valiente /
se va con los delfines de la noche
o con los pajaritos de la aurora /
de todo quedan huellas / pistas / trazas /
muescas / indicios / signos / apariencias
pero no te preocupes / todo es nada
son señales de humo / apenas eso
no obstante en esas claves se condensa
una vieja dulzura atormentada
el vuelo de las hojas que pasaron
la nube que es de ámbar o algodón
el amor que carece de palabras
los barrotes del recuerdo / la lujuria /
o sea que los signos en el aire
son señales de humo / pero el humo
lleva consigo un corazón de fuego.

MARIO BENEDETTI: OBRA Y VIDA DESDE EL PERIODISMO

Por CELESTE SILVERO



Mario Benedetti nació en Paso de los Toros (Tacuarembó, Uruguay) el 14 de septiembre de 1920. Su familia se trasladó a Montevideo cuando tenía cuatro años. Se educó en el Colegio Alemán de Montevideo y el Liceo Miranda, y trabajó como vendedor, taquígrafo, contable, funcionario público y periodista.

Entre 1945 y 1974 la comunicación de Mario Benedetti en dos de los centros periodísticos más importantes de Uruguay, tan superiores como diferentes, como fueron *Marcha* y *La Mañana*, fue sostenida y aguda. Desde 1945 trabajó y se formó al lado del criterio severo y generoso de Carlos Quijano (1900-1984). Entra en este año centralizado por el movimiento de la Generación del 45, en el equipo periodístico de *Marcha* (integrada entre otros, además de Benedetti, por Carlos Martínez Moreno, Mario Arregui, Ángel Rama, José Pedro Díaz, Armonía Somers, Idea Vilariño, Sarandy Cabrera, Ida Vitale, Carlos Maggi y Emir Rodríguez Monegal), en el que las ideas jugaban con la exigencia crítica, y especialmente con la controversia como figura de pensamiento tipificadora del grupo. La luz de las ideas y la presencia de Carlos Quijano lo formó y lo fogueó, entonces, desde sus jóvenes veinticinco años. En ese importante órgano periodístico tomó luego el cargo de director del Departamento Literario. Permaneció en él hasta la clausura de *Marcha* en 1974, después de sufrir numerosas suspensiones tras el golpe de estado de 1973. Aun así, en esos años las actividades de Benedetti se multiplicaron. A su intensa labor de escritor y periodista, se sumó una cada vez más activa participación política. En 1971 fue uno de los fundadores del Movimiento de Independientes 26 de marzo, que integrará más tarde el Frente Amplio. Pero esta alternativa en desarrollo será

frustrada por la fuerza.

Durante diez años cumplió simultáneamente funciones en *La Mañana*. La mirada crítica a las obras de teatro de Montevideo especialmente lo mantuvieron en comunicación con los lectores de todo el país a través de la recordada sección del matutino, *Al pie de las letras*. En ese espacio periodístico dirigió la tarea junto con José Carlos Álvarez. Por allí pasó el análisis atento, exigente, crítico, implacable a la vez que comprensivo, de un buen hijo de la llamada "Generación Crítica".

El golpe de estado lo obliga a abandonar su país en 1973, iniciando así un largo exilio de doce años que lo llevó a residir en Argentina, Perú, Cuba y España, y que dio lugar también a ese proceso bautizado por él como *desexilio*: una experiencia con huellas tan profundas en toda su vida arraigada a lo literario.

Quizá su obra menos difundida fuera de Uruguay sea la periodística, pero es la misma la que marcó un papel preponderante en su vida.

El periodismo literario (1950/1970)

"Todos nosotros empezamos haciendo crítica", rezaba Mario, haciendo referencia a sí mismo y a periodistas de su generación.

A pesar de ser uno de los mejores periodistas literarios de su época, su obra ensayística -literaria y política- ha sido en gran medida soslayada por quienes se han dedicado a su literatura. Sin embargo, Stephen Gregory fue uno de los que se atrevió a sostener que en dichas notas y reseñas es donde logra desarrollar conscientemente las ideas y sentimientos que le otorgan energía a su obra imaginativa.

"No es lo más frecuente, pero cuando un creador indaga en la obra de otro creador, puede, sin quererlo, proporcionar algunas claves para que los demás pesquisen en su propia labor", es

una de las pautas que da Benedetti como aproximación a su crítica literaria.

Voces individuales, parciales e independientes, con opiniones controvertidas que asumen el riesgo a poder equivocarse es lo que busca Mario en los críticos literarios. Se puede apreciar como lo afirma en un artículo sobre El escritor y sus fantasmas, de Ernesto Sábato.

Podemos decir así de su concepto de "crítica cómplice" que se basa en la relación autor-lector, que era una herramienta imprescindible para su acercamiento a cualquier obra literaria. Se explica perfectamente en *Coparticipe y copadeciente*, publicada en 1970.

"El buen espectador o el buen lector, dialoga con el crítico... la crítica tanto afecta al creador como al interprete, al público como al crítico, es decir que, mal que bien, nos comunica a todos con todos". Este sentimiento humanitario y humanista forma parte esencial a la hora de formular cada una de sus críticas. Tal lo hizo así con la famosa película de Orson Welles, refiriéndose a la última palabra del agonizante protagonista de la misma.

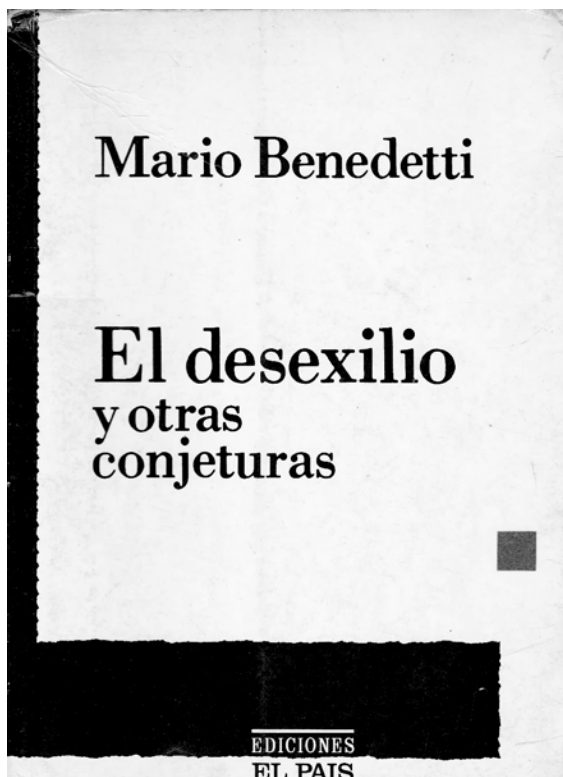
Una cualidad constante en Benedetti es el acto de prestidigitación (en teatro y novelas) que hace

"El buen espectador o el buen lector, dialoga con el crítico... la crítica tanto afecta al creador como al interprete, al público como al crítico, es decir que, mal que bien, nos comunica a todos con todos."

desaparecer la obra literaria como si fueran el escritor y los personajes los que adquirirían solidez y no las palabras o la obra en sí.

Indudablemente por hacer énfasis en el reiterado rechazo de todos los formalismos críticos europeos, entra en juego también su política del discurso donde prefiere sustituir una ética literaria basada en la honestidad personal del practicante como ser humano y como ciudadano. En su momento, reconoció que la nueva situación política uruguaya y latinoamericana exigían revisar los modos en que la producción literaria se inserta en las estructuras sociales cambiantes.

Son muchas las facetas literarias de Benedetti en el marco de sus trabajos periodísticos, incluso en lo referente a la situación política en la que se encontraba sumido y afectado. Es de saberse que siendo un excelente crítico ha pasado por alto la lección literaria y política que le brindaron George Orwell y tantas veces en sus escritos su maestro Antonio machado: Aceptar y enfrentarse a esa "figureja extraña y deforme" que salía en el papel pero que también era él mismo.



UN PEQUEÑO PROBLEMA

Por *DIEGO ROJAS*

Ilustración | *DIEGO ROJAS*



A stylized signature of Diego Rojas, consisting of fluid, overlapping loops and lines.

—Me estoy achicando, Marta —le dije a mi mujer, mientras ella bebía su café y miraba las noticias en el televisor desde la mesa de la cocina.

Me miró como si le hubiese contado un chiste malo y siguió con su rutina de noticias y café.

—La taza que uso siempre... es más grande.

—¿Solo porque creés que tu taza es más grande pensás que te estás achicando?

—No es solo eso, con el auto, por ejemplo.

—¿Qué pasa con el auto?

—Me queda grande, no llego a los pedales como hace unas semanas atrás. —Y me paré como para que ella compruebe con sus ojos lo evidente de mi predicamento.

—Para mí estás más flaco.

—No es eso, si bien sí perdí peso, me estoy achicando, Marta, centímetros, de eso hablo, hacia todos mis lados.

Tomó unos sorbos de café con los ojos cerrados, como intentado procesar una tontería.

Marta suele tomar siestas despierta, largas siestas que consisten en mirar a la nada e ignorarme por completo, no me extrañaba demasiado que no note que su esposo se estaba achicando todos los días un poco más.

—Creo que deberías ver a un médico —repuso finalmente y se paró con su taza en la mano para terminar de beber su café fuera de la casa.

Pensé que tal vez Marta tenía razón y que consultar a un profesional sería lo más lógico, así que esa misma tarde luego de salir del trabajo conduje hasta el consultorio del Dr. Ramírez.

El Dr. Ramírez era el médico de la familia desde hace mucho tiempo, solía atender a mi padre y también a mi hermano Gonzalo antes de que se mudase a Inglaterra para seguir su carrera, e incluso Marta acudía a sus consultas por lo menos una vez al mes. Yo por mi parte creo que haber sido el familiar que menos veces había concurrido a visitar al Dr. Ramírez.

La sala de espera de su consultorio era pequeña, relativamente pequeña. Una mesa de madera revestida con mimbre sostenía unas revistas que ya habían dejado de tener vigencia hacía muchos años atrás, las paredes con líneas de color marrón y beige hasta la mitad seguidas de un marfil desgastado, decoraban todo el lugar de manera muy típica. Había un olor a azufre que hacía al lugar mucho más chico de lo que ya era, todo el ambiente me trasladaba a una niñez poco feliz en

"La sala de espera de su consultorio era pequeña, relativamente pequeña. Una mesa de madera revestida con mimbre sostenía unas revistas que ya habían dejado de tener vigencia hacía muchos años atrás,"

esa sala de espera, viendo cómo el Dr. Ramírez con sus largos y finos dedos buscaba mi nombre en una libreta para luego sonreír fríamente al ver mi pálido rostro. Esa vez no tenía cita así que no iba a escuchar al Dr. pronunciar mi nombre, esperé a que se asome a la puerta para ver quién era el siguiente y así poder hablarle de mi urgencia. Al verme un poco impaciente me hizo pasar.

—Me estoy achicando, Doctor —me miró sobre sus anteojos y tomó nota en un cuaderno viejo.

—Cuénteme los síntomas.

—Bueno... me estoy achicando.

—¿Y desde cuándo supone usted que se está achicando? tomaba nota sin mirarme.

—Bueno creo que comencé a darme cuenta hace un mes más o menos, no llevo bien la cuenta...

—¿Es usted asmático?

—¿Qué tiene eso que ver? Doctor, me estoy achicando, cada día que pasa siento que soy más pequeño, centímetros doctor, de eso estoy hablando.

Dejó sus lentes en el escritorio, su lapicera, despegó la silla del escritorio lentamente e inclinándose hacia atrás dijo:

—No es el primer caso que trato con los síntomas que usted me describe.

—¿Alguien más se estaba achicando?

Asintió.

—¿Quién?! ¿Cómo?! ¡Doctor, tiene que decirme cómo detener esto!

—Tranquilo, tiene que saber dos cosas; la primera es que atendí a un hombre que se estaba achicando al igual que usted lo describe y la segunda es que su padecimiento no tiene cura.

Creí que el mundo entero se me venía encima, por un momento no pude respirar y mi visión se tornó borrosa. Me incorporé con rapidez y el consultorio entero comenzó a dar vueltas alrededor. Sentí la mano del Doctor Ramírez en mi hombro y deslizó suavemente una tarjeta personal que en su reverso tenía una dirección con un nombre: “Roberto Vera”.

—Puede ir a buscarlo, tal vez él tenga algunas respuestas, lamento no poder hacer nada más por usted.

En las siguientes semanas la situación empeoró. Los centímetros que me faltaban comenzaron a ser imprudentes, estaba empezando a tomar como una costumbre poner pequeños peldaños para llegar a lugares que habitualmente solía llegar sin dificultad. Coloqué el cepillo de dientes un estante más abajo para no tener que ponerme en puntitas de pie, solo para sentir que no me estaba achicando. Renuncié por completo a la idea de leer los libros que se posaban en el último estante de mi biblioteca. Si tenía que ir a algún lado esperaba a que Marta tuviese que ir de compras para que me acercase hacia mi destino, así evitar subirme a mi auto y encontrarme con que no llegaba a los pedales.

Este predicamento pasaba totalmente desapercibido para mi esposa, que continuaba con su rutina de sueños despierta, hasta que una noche durante la cena me animé a cuestionarla.

—¿Notás algún cambio en mi persona, Marta?

Ella cerró los ojos, terminó de tragar lo que estaba comiendo y luego de dejar lo cubiertos al lado de su plato y limpiarse la boca con una servilleta, alzó su vista hacia mí.

—Siendo mi esposa tendrías que notar el cambio, me refiero a que me vez a diario...

—¿Te cortaste el pelo?

—No Marta, me refiero a que soy como unos treinta centímetros más chico que hace dos meses atrás.

—Me recordás al cuento que mencionó el Doctor Ramírez, del tipo ese que se encogía...

—¡No es un cuento, Marta! el Doctor Ramírez debe haberte mencionado el caso que él mismo atendió un tiempo atrás.

—... y se encogía cada vez más... ¿Cómo se llamaba? ¿Gustavo Alonso?...

—¡Roberto Vera!

—Sí, ese, ¿también te contó ese cuento?

—No es un cuento, Marta, es real, y me está pasando lo mismo a mí.

Marta se levantó despacio, movió su silla hacia atrás, volvió a colocarla en su lugar y comenzó a caminar despacio hacia mí rodeando la mesa. Su rostro se vestía de una dulzura que no veía hacía muchos años. Se movía despacio, como danzando entre las sillas que decoraban la gran mesa del comedor, sus dedos jugaban con el respaldo de las mismas, dibujando sus contornos y no me quitaba la vista de los ojos, al mismo tiempo que sonreía. Cuando por fin estaba al lado de mi silla, se inclinó y me besó la frente.

—Ya estás grande para creer en los cuentos del Doctor.

Vera era el único que podía tener una respuesta a lo que me estaba sucediendo, pero y si lo que el Doctor Ramírez decía era cierto, no iba a poder ayudarme mucho de todas maneras. Un martes decidí no ir a trabajar, sentía que no era normal tener 40 centímetros menos y que mis compañeros de trabajo no notaran la diferencia. Marta se levantó como todos los días a tomar su café y leer el periódico, pero ese martes no tuve la menor intención de sentarme a ver cómo mi esposa ignoraba que me estaba achicando. Tomé el bolso que colgaba en una parte baja del perchero y saludé a Marta desde la puerta principal, no sé si respondió, lo único que escuché fue la puerta cerrándose detrás de mí. La dirección que el Doctor Ramírez había anotado en su tarjeta personal me indicaba que tenía que tomar el tren para ir hasta donde Roberto Vera residía. Un viaje de más o menos una hora y unos minutos a pie. Viajé con la tarjeta en la mano, como aferrándome a una esperanza, la esperanza de que Roberto Vera tenga la solución a mi padecimiento.

Era un vecindario muy limpio y las casas casi no dejaban colarse a los rayos de sol, los arbustos

bien recortados y tupidos decoraban las veredas. Parecía que todas las viviendas habían sido confeccionadas por el mismo arquitecto con la intención de mantener cierto estilo. La casa de Vera no era la excepción, tenía un piso era de un color celeste claro, casi blanco, las ventanas, que eran unas seis hasta donde pude contar, eran blancas al igual que la puerta principal, un porche de madera del mismo color de la puerta separaba a la casa del suelo casi medio metro, era la única casa que tenía peldaños de madera, lo que me pareció algo irónico para ser la casa de alguien que se estaba achicando. Subí las escaleras, surqué el porche y me topé con un timbre con intercomunicador. Me temblaban las manos, me quedé unos minutos parado mirando el aparato hasta que por fin me animé a presionar el botón. Luego de un minuto se escuchó un ruido que provenía del pequeño parlante.

«¿Hola?»

Me sudaba la frente.

—Hola, señor Vera, disculpe que lo moleste... es que hablé con el Doctor Ramírez...

«No conozco a ningún Doctor Ramírez».

Empecé a balbucear

—Es que él me dijo... me dijo que...

«No sé qué le habrá dicho su Dr. pero ahora estoy muy ocupado para atenderlo».

Y escuché cortarse la comunicación.

El pecho me latía con fuerza, tuve que ponerme en cuclillas para poder respirar mejor. Sabía que Vera iba a ser el único hombre en el mundo que entendiese lo que me estaba pasando y no iba a ir hasta ahí solo para balbucear en su intercomunicador. Inhalé con fuerza y volví a tocar el timbre. Esperé más que la primera vez hasta que volví a escuchar el ruido en el parlante.

«Mire, no sé qué le habrán dicho, pero...»

Y antes de que pudiese terminar lo que me estaba por decir lo interrumpí con una arremetida de palabras.

—¡Yo también me estoy achicando! centímetros, de eso estoy hablando...

Un silencio se apoderó de ambos, por unos instantes creí que tendría que volver a casa y tratar de explicarle a Marta de nuevo que me estaba achicando, pero un chillido que venía de la puerta principal de madera blanca la abrió unos centímetros e ingresé despacio al ver que nadie detrás de la puerta se asomaba. El interior de la casa era

“No habían cosas fuera de lugar ni nada que indicase que la persona que vivía ahí tenía una estatura menor a la que debería tener un ser humano adulto.”

hermoso, había cuadros de paisajes muy coloridos, supongo que, de algún pintor famoso, pero yo no sé de pintores. Había una alfombra en la entrada que daba hasta una escalera que se partía en dos a mitad de camino para dar con lo que suponía eran las habitaciones. A los pies de dicha escalera estaba parado yo, a mi izquierda podía ver una mesa con un hermoso florero y supuse que esa era la cocina. No habían escalones improvisados para alcanzar lugares de la casa, los abrigos estaban colgados en la parte alta de un perchero de pared y di con un llavero del que colgaban unas llaves, a una altura considerablemente alta para alguien que se estaba achicando, todo estaba acomodado normalmente, no habían cosas fuera de lugar ni nada que indicase que la persona que vivía ahí tenía una estatura menor a la que debería tener un ser humano adulto, eso me daba la pauta de que tal vez Roberto Vera había encontrado el modo de restablecer su altura, de que tal vez esto que ambos padecíamos era temporal y luego de unos meses se volvería a crecer.

Dije el nombre del dueño de casa en modo de pregunta para saber dónde es que se escondía, pero la respuesta fue nula. Empecé a caminar hacía mi derecha, a lo que parecía ser la sala principal, cuando estaba debajo la entrada de ese espacio pude ver en el medio de la misma una casa, una pequeña casa de unos 40 centímetros de altura, era una réplica exacta de la casa en la que me encontraba, el color celeste claro, las ventanas blancas, los peldaños de madera que la diferenciaban de las otras casas, las seis ventanas y la puerta principal, que hizo un pequeño ruido, casi como un chillido, se abrió y de la casa salió caminando un pequeño hombre de unos doce centímetros más o menos, bajó los escalones y miró hacia arriba.

INFANCIA Y BIBLIOFOBIA

por *María Elena Walsh*

(Publicado en el diario *Clarín* en 1980)

La vida sin estadísticas equivale al Paraíso. La amarga manzana de los números nos destierra a la realidad. Según ella, casi el 80% de nuestros niños carece del hábito de la lectura.

Por suerte, la noticia fue olvidada bajo la avalancha de novedades apocalípticas que siguieron.

En la barriada de Villa Freud¹ —meridiano de las inquietudes culturales porteñas— vecinos hubo que mesáronse los cabellos y pusieron el grito en el cielo de ascensores y pasillos. Después de algunas sesiones complementarias de terapia y de culpar debidamente a la tv, todo siguió igual, con la calma que sucede a las catástrofes.

Sería oportuno preguntarse si alguna vez existieron niños lectores, y si al adulto le importa que contraigan tan impertinente vicio, contramano del mundo que vivimos.

El problema poco tiene que ver con los chicos. El problema consiste en que nuestra sociedad aborrece la cultura, y lo disimula aparentando reverencia por los intelectuales y la Feria del Libro.

El modesto gueto de los lectores sobrevive penosamente a las diversas agresiones que procuran su aniquilamiento. La agresión de las clases mandantes, que mantienen a oscuras a sus subordinados porque todo lector es un disidente en potencia. La de grupos que, de manera ancestral, desconfían del libro (o código) y de la persona “leída” como causante de sus desdichas. El lema “Alpargatas sí, libros no”² sigue vigente, sustituibles las honradas alpargatas por Adidas y botas. La frase sintetiza nuestra imbatible racionalidad: siempre la opción, jamás la suma.

Además de estas enemistades, hay que enfrentar



la peor: La artillería industrial que procura reemplazar el libro por cualquier bazofia impresa de venta fácil y compulsiva.

Los niños lectores fueron siempre un minúsculo reducto de “raros”. No abundaban en la pretelevisiva, casi diría que escasean más que hoy, cuando los estímulos abundan gracias a un natural progreso económico y social, y pese a él.

El niño lector, lamento decirlo, no puede surgir sino de una casa donde haya libros y se usen. No importa qué libros: recetarios, novelas, tratados, enciclopedias. Pero libros. Y que los mayores los devoren, manoseen, presten y comenten.

En otras épocas y latitudes, en toda casa había por lo menos uno: la Biblia, y solía leerse en familia. Con él bastaba y sobraba. Habrá quien diga que no es una lectura para menores. En ese caso, que cambie a Sansón por el Increíble Hulk, y todos felices.

Si a nuestra sociedad le preocupará en serio el hábito de la lectura los chicos, procuraría no seguir comentando la existencia de madres ignorantes. A la mujer se la disuade firmemente, por todos los medios, de cultivarse en profundidad. Pocos serán los hijos acostumbrados a ver e imitar a su santa madre dedicada a la lectura, a respetar lo que significan concentración, paciencia y soledad.

Los vecinos de Villa Freud, fervorosos del prestigio cultural, epidémicamente aspiran a que el nene resulte un elegido de las musas. Pero suelen descuidar el largo trecho que debe recorrer hasta devenir intelectual laureado, digno de almorzar con Mirtha Legrand.

La discriminación sexual todo lo genera. Un varón que se prefiere leer a patear una pelota puede resultar sospechosos de afeminamiento y hasta se teme por su salud. A una nena entusiasmada con una novela se le sugerirá que “no se quede tanto tiempo sentada sin hacer nada” (sic),

1 Referencia jocosa a cierta área del elegante Barrio Norte capitalino, frecuentado por psicoanalistas.

2 Este enunciado aparecía recurrentemente pintado en las calles de Buenos Aires durante la época del primer peronismo. Era una respuesta de las clases trabajadoras a las críticas de sectores ilustrados disidentes que tuvo Perón.

que ayude a las tareas domésticas, etcétera.

Por otra parte los adultos justifican la falta de tiempo de sus niños, agobiados por una intensísima vida social: unos cinco cumpleaños semanales con disc-jockeys y luces psicodélicas, salidas a comprar la ropa de moda esa quincena, cines, teatros y compromisos diversos en quintas, campos de deportes, confiterías y otras intoxicaciones.

Esta vida social no parece destinada al intercambio de afectos sino a la afirmación del estatus de los padres. Aturdimiento y frivolidad no son invenciones infantiles sino males adquiridos por contagio y herencia. Los niños, como dice Bachelard³, necesitan “aburrirse” en su sentido creativo, pero casi nunca lo consiguen, ocupados como están en representar sus papeles para que sus padres no hagan papelones.

En la otra punta del ovillo figura la deserción escolar de menores obligados a trabajar, pero desconocemos la estadística, por lo tanto no existen y seguimos en Villa Freud.

Los adultos dicen también que no tienen tiempo para leer. Eso sí, lo dicen con tono culposo y hacen bien porque el doble mensaje es claro y canallesco: los que tenemos tiempo para leer somos vagos, ociosos y mal entretenidos, como Juan Moreira⁴.

Sin embargo, poca gente hay tan cruelmente ocupada como los lectores. En su mayoría sufren de pluriempleo y maratón laboral, porque justamente ese hábito, entre otros, les han impedido labrarse un presente justo y preciable en dólares y generados de perpetua vacación.

Inútil sería agregar que las llamadas clases ociosas o del jet-set dudosamente abrieron un libro en sus vidas, salvo quizás el de sus propias memorias escritas por alguien de la servidumbre.

Nuestra sociedad aborrece el libro, sí. No es la TV su enemiga natural, como si se tratara de un aparato autocomandado. La sociedad expresa su aborrecimiento a través de medios como la TV, que es algo muy distinto. El libro y los medios de difusión no tendrían por qué ser antagónicos sino complementarios. Pero la ausencia de política cultural, que fomenta la disyuntiva, está llena de

de significado y no de distracción e indiferencia.

Las raras veces que en la TV se representa un personaje lector, se lo ridiculiza y convierte en el “traga”, el idiota de la familia. Los anteojos suelen usarse como símbolo de torpeza. ¡Hasta Leonardo Da Vinci fue telebiografiado en permanente actitud de papar moscas, sin abrir jamás un libro!

Algunas madres sinceramente preocupadas porque sus hijos no leen, transfieren el problema hacia la elección de lecturas. Las más avisadas consultan a asesores de determinadas editoriales... que por cierto les recomiendan los libros destinados por el patroncito.

Aunque los consejos fastidian, y en este caso especialmente a la consejera, les diría que empezaran por ella, las madres, si aún no lo hacen. O que recuperarán tan grato vicio si lo perdieron, y que los platos los lave magoya.

En segundo lugar, que los chicos deben leer de todo, siempre que lo entiendan y les guste, porque la lectura es placer y no obligación.

Las personas arquilectoras y supercultas están de acuerdo en que uno se pasa la vida aprendiendo a elegir, y que el llamado gusto o acierto de la madurez puede emanar de una afición infantil por libros de dudoso mérito. Pero libros.

Si la madre no lee puede al menos evitar que sus hijos se contaminen hasta el hueso de la espesa bibliofobia reinante.

Por ejemplo, el mes de marzo trae un vendaval de quejas a Villa Freud. Regresan todos de distintos lugares del planeta, cargados con los más insensatos productos. Y de pronto ¡Hay que comprar los libros para la escuela, que están, naturalmente carísimos (mucho más que los marfiles en África o la porcelana en Miami) y esa loca de la maestra que se los exige a los chicos!

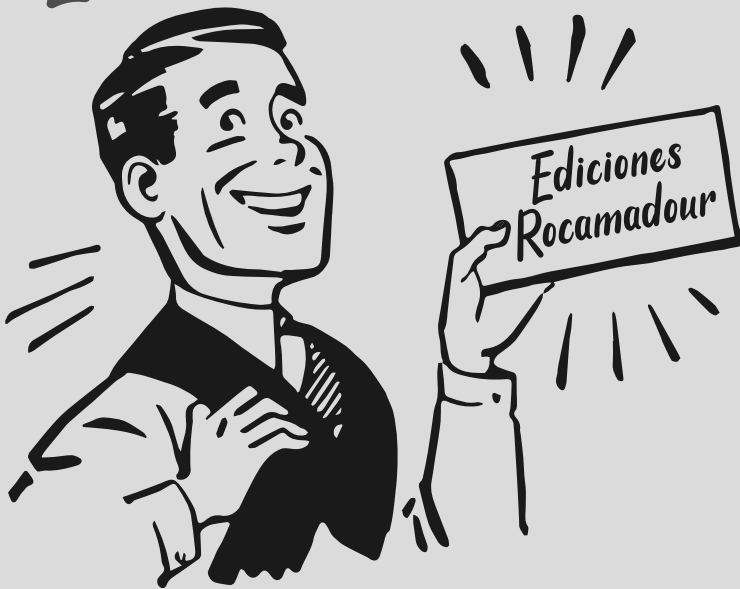
El nene, de paso cañazo aprende a detestar a los dos máximos agentes de tortura, según sus mayores: la maestra -que generalmente es loca- y el libro -que siempre es carísimo-. Y así el nene se va integrando sin desajustes en una comunidad que solo venera la guerra, el deporte, la propiedad y la velocidad.

[...]

3 Filósofo y epistemólogo francés contemporáneo, autor, entre otros títulos, de **La formación del espíritu científico**.

4 Célebre héroe popular de la cultura argentina, más moderno que Martín Fierro, pero igualmente rebelde ante una Ley que siente que no lo representa y lo margina. Ha sido un personaje de la literatura, del circo, del cine, etc. La expresión “vagos, ociosos y mal entretenidos” es un sintagma habitual, en nuestra historia, para definir a estos sujetos fuera de la ley.

¡Atención, escritores, Ediciones Rocamadour convoca!



Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, Revista Rocamadour puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas.

Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente corregido, ilisto a ser publicado!



NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web:
www.edicionesrocamadour.com.ar
Mail: Alejandrotorres_lp@hotmail.com

SIN ENOJARNOS

Por CELESTE SILVERO

Tal es el tiempo que se dispone así, cansado de esperar mientras espero lo que no te digo, mientras esperas lo que no me dices, y otra vez el beso en la frente acompañado de una sonrisa que colma la circunstancia.

Otra hora en modo avión donde el blanco es literal y de pronto se mancha de dudas, de cuestionarte con la certeza de lo malo que es mirarse el ombligo. El ego se hace añicos cada vez que te deja ser, cuando podría cortar tus alas el dolor hace presencia en un paso que sacude mis adentros, se acentúa en mis alas, y en cómo se quebraron la primera vez.

No es de amores sino de justicia aquella vez que sembré esperanzas, las cosechas van llenando mis manos y tus brazos como abrigos en invierno. Calzan parejos tus pies en el sendero al abismo mientras observo sin tocarte, mientras recuerdo todo lo aprendido y cómo el tiempo se cansa de esperar todo lo que aún no se ha dicho.

EL VIAJE

Por ALFREDO MEDINA

No esperes a llegar, disfruta el viaje,
Mira hacia un lado y otro del camino
y recuerda al llegar a tu destino
Los recuerdos y la ropa, al equipaje
Liberate de mí si no me extrañas
Sabes que el que parte un poco muere
Pero vive y recuerda quien te quiere y
te lleva eternamente en las entrañas
Esto es atemporal.

QUÍMICA

Por MICAELA FERNÁNDEZ

Vas jugando con la mirada
El pecho se te hincha
Y las palabras tardan en salir de tu boca
En abrazos calurosos sentís eternidad
No hay pensamientos
No hay límites
No hay apuro
Dejás pasar el tiempo
Chocan las vibraciones corporales
Su voz te parece música
Las caricias son torpes pero reales
No hay fórmulas
No buscás temas de conversación
No es necesario
Deseás más allá de lo físico
Sus ojos vuelven a invadirte
Cada noche, en cada silencio.

POEMA

Por MATÍAS GOYENECHÉ

Serenamente
recorro las
calles
de mi interior.
Encuentro
amigos
y me
reclino
hacia su
presencia.
¿Dónde estabas?
me preguntan.

CARLOS

EL PERRO

por Diego Rojas



EL MUNDO SE VE UN POCO MÁS CALLADO
QUE DE COSTUMBRE...



... SU GENEROSIDAD Y LO SOLIDA-
RIOS QUE SON.



... PARA QUE CUANDO TODOS VUELVAN
A LAS CALLES...



Y AUNQUE DEBO ADMITIR QUE
TODO ESTÁ MUCHO MÁS LIMPIO...



ESCUCHÉ POR AHI QUE TENEMOS QUE
QUEDARNOS EN NUESTRAS CASAS...



... EXTRAÑO EL CALOR DE LA GENTE...



... ASI QUE TRATO DE SALIR SOLO SI
ES NECESARIO...



... ME HAGAN SENTIR PARTE DE SU MUNDO.

EL BAR: 1942

Por ALEJANDRO TORRES

Pintura | Fragmento *Nighthawks*
(Edward Hopper, 1942)

Ya era demasiado tarde; no había probabilidades de ganarle al enemigo. Permanecían en el bar desde el mediodía con una botella de cognac y un atado de cigarrillos casi vacío.

Uno era un general y el otro casi igual de importante, pese a su corta edad. Repasaron el plan una y otra vez. Afuera llovía como todos los días de invierno en Francia. En el frente, cada día morían más soldados de mano de las tropas alemanas. Uno de los dos, el más joven, acababa de volver del toilette mientras el otro no quitaba los ojos de encima al mapa.

—Aún no se han contactado desde el puente, temo que hayan logrado pasar la barricada.

—Para eso deberían haber atravesado todo el pueblo. Todavía no es la hora, aguardemos un poco más.

El relevo fue rápido, el más joven no llegó a sentarse y el más viejo se levantó para hacer el mismo recorrido que el otro. Afuera, las gotas golpeaban todo a su paso, como los ataques aéreos en Normandía; arreciaba con cada minuto que pasaba. El más joven se detuvo a pensar con la mirada en la ventana, no se podía ver nada, solo el aguacero; sin embargo, notó una silueta en la calle. Parecía un hombre; llevaba un paraguas y se dirigía a la entrada del bar. El bullicio de las mesas se hizo silencio cuando el desconocido ingresó al lugar; solo Edith Piaf seguía sonando en el gramófono. Ocupó una mesa en una esquina e hizo una seña al mozo. Cada vez llovía con más violencia; el barro saltaba con cada golpe y la gente corría para esconderse de aquel fenómeno. Sirvió su copa con un poco más de cognac e intentó encender el último cigarrillo, pero el encendedor no le respondía; tras vagos intentos se dio por



vencido. De pronto, una mano oscura, por la falta de luz, le ofreció una chispa. Fue muy rápido pero, parecía que aquel fuego no provenía de un artefacto, sino de su mano; el soldado se sintió incómodo y halagado. Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza mientras lo miraba; tenía unos ojos oscuros y maliciosos, pensó; pero quién era él para juzgar su apariencia después de todos los horrores que había visto a causa de la guerra. Escupió el humo por la boca; el otro esbozó una sonrisa blanca, bien brillante y malévol; al soldado se le llenaron los ojos de sangre, sintió que se ahogaba, que un ardor le crecía en el pecho y no podía gritar en busca de ayuda; nadie miraba, cada quien se mantenía en lo suyo. Antes de caer muerto sobre la mesa logró visibilizar una corbata negra, tan negra como la oscuridad que lo tapaba.

POSTALES

OLGA OROZCO



Una de las mayores poetizas argentinas, Olga Orozco (1920-1999), nació en Toay, pequeño pueblo de La Pampa. En su obra sobresalen los poemarios *Cantos a Berenice* (1977), *Mutaciones de la realidad* (1979) y *Relámpagos de lo invisible* (1998). Con su característica voz arrabalera cantaba tangos. Cuando entró a Radio Municipal, en 1947, para hacer comentarios sobre dramaturgia, al escuchar esa voz la contrataron como actriz de radioteatro.

Entre 1964 y 1974 escribió notas periodísticas para la revista *Claudia* y firmó con ocho seudónimos. Entre ellos Valeria Guzmán que respondía el *Correo Íntimo*. Algunas cartas desopilantes hacen sospechar que ciertos corresponsales también fueron inventados por la poetisa. En algunas respuestas, aprovechaba para liquidar estereotipos machistas. Marisa Negri compiló parte de esa obra periodística en *Yo, Claudia*.

En paralelo, entre 1970 y 1974, junto a su maestra de astrología, María Julia Onetti, la prima del escritor uruguayo, firmaba con el seudónimo Canopus el horóscopo dominical en el diario *Clarín*. No faltó la broma con la palabra “orózcopo”, aunque en este caso Olga, pisciana con ascendente en acuario, aseguraba que jamás inventó una sola predicción.

En ella la magia siempre fue material y la fe un hábito: “Soy absolutamente religiosa”. Le contaba al poeta Fernando Noy, que una de sus grandes amigas desde 1955, Alejandra Pizarnick, cuya obra tiene un diálogo indeleble con la suya, la llamaba a la hora del lobo, a las 3am, cuando el insomnio acosaba, para despejar el terror y la angustia. Olga le proporcionaba un conjuro para certificar que “jamás un pájaro negro se le posaría sobre la sombra” y que “las piedras abrirán milagrosamente para dejarla pasar a las mayores luminosidades”.

¿Sabías que...?

En noviembre de 2003, el escritor argentino Pablo de Santis (*El enigma de París, La sexta lámpara*) publicó *El inventor de juegos*. Una novela donde un niño de nombre Iván Drago, gracias a un cómic, participa de un concurso de invención de juegos de mesa del cual resulta seleccionado entre otros participantes. Trágicamente sus padres mueren en un accidente de globos aerostáticos y termina viviendo con su tía que lo envía a un colegio que lleva siglos hundiéndose. A partir de ese trágico evento su vida toma un giro en el cual comienzan a ocurrir y descubrir cosas inexplicables y maravillosas. Esta novela fue llevada al cine en 2014 bajo el nombre *The Games Maker (El inventor de juegos)* en una coproducción argentina-canadiense dirigida por Juan Pablo Buscarini (*Tini: El gran cambio de Violetta, El ratón Pérez*) y protagonizada por David Mazouz en el papel del protagonista Iván (*Touch, Gotham*), Megan Char-

pentier en el papel de Anunciación (*Mamá, La cabaña, It*) y Joseph Fiennes en el papel del antagonista Morodian (*The handmaid's Tale, Shakespeare in love, American Horror Story: Asylum*), y con la participación especial de Alejandro Awada. Las localizaciones utilizadas para su grabación fueron la Facultad de Derecho de Buenos Aires, los Bosques de Palermo, el Parque de la Costa de Tigre, y la más importante fue la República de los Niños de La Plata, entre otras. La película no cumplió las expectativas pero aun así ganó 3 Premios Sur a Mejor Vestuario, Mejor Diseño de Producción y Mejor Dirección de Arte. Fue también nominada en diez categorías, siendo la segunda película más nominada en la entrega de 2015, incluyendo Mejor Película y Mejor Director, donde perdió contra *Relatos Salvajes*, de Damián Szifron. Actualmente se encuentra disponible para ver en la plataforma Netflix.



Rocamadour Libros
Librería online

alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook: Rocamadour Libros



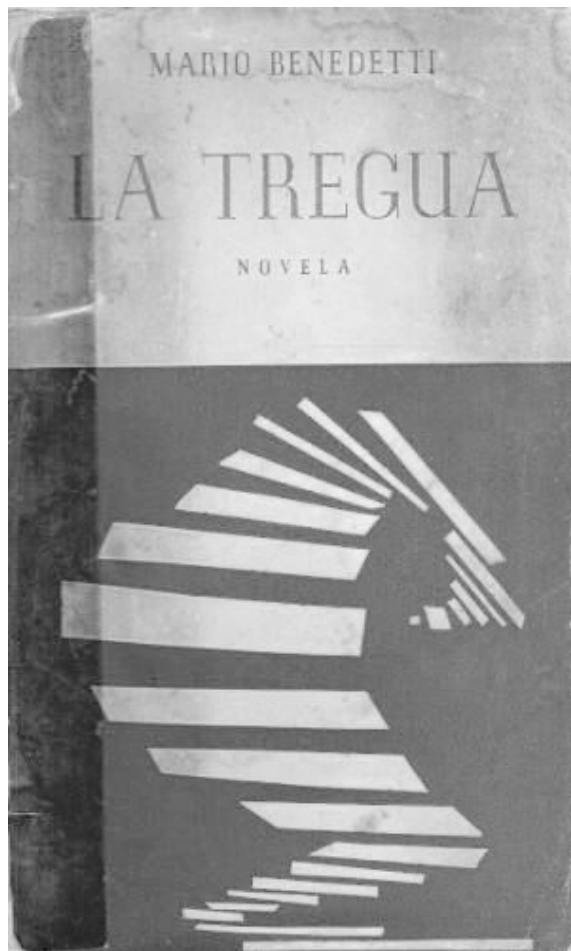
Se la conoce a la primera etapa del trabajo de Mario Benedetti como su época pesimista. Y *La Tregua* es considerada de cierta manera como una culminación y el inicio de algo nuevo en la obra benedettiana. El libro fue publicado en 1960 y es su primer Best Seller aunque Mario se queje de que ese título esta algo bastardeado en la industria. La historia de un hombre viudo que vive con sus 3 hijos ya grandes y conoce a una nueva empleada en el trabajo a la que dobla en edad y de la cual se enamorara y comienza una relación. La obra está escrita por el protagonista en forma de diario personal, lo que nos ayuda a profundizar en su psiquis y su visión del mundo.

El libro marca la representación de una sociedad que se encontraba en una crisis interna en cuanto al modelo de trabajo. Labores rutinarias que eran parte de toda la vida que podía aspirar la clase media uruguaya, una fatídica repetición del día a día sin esperanza de cambio. Ese es el personaje de Martín atado a los ritos mundanos sin sobresaltos pero con la idea de escapar en algún momento. Esperando que la jubilación temprana lo ayude a salir de ese círculo vicioso pero a la vez lleno de dudas de poder lograrlo. Hay una clara diferencia en cómo actúan los personajes dependiendo de su edad. Los más jóvenes son reacios a ese estilo de vida gris y sin cambios, donde otros agachan la cabeza resignándose, ellos de alguna manera intentan combatir ese destino aunque parezca imposible. He aquí que el aura melancólica es contrarrestada con la aparición de Laura

La Tregua entre el pesimismo y el optimismo

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Avellaneda, la susodicha amante del trabajo, que introduce al amor como la llama purificadora de tanta vida gris. Es un poco el quiebre del pesimismo latente en la obra y en Benedetti, que a partir de los años sesenta con su acercamiento al socialismo y su militancia política lo llevarán por



nuevos caminos en la escritura.

En 1974 se estrena la película argentina basada en el libro. Dirigida por Sergio Renán, protagonizada por Héctor Alterio como Martín Santomé; Ana María Picchio como Laura Avellaneda; Marilina Ross como Blanca, la hija; Luis Brandoni como Esteban, el hijo mayor; Oscar Martínez como Jaime, el hijo menor, y la participación de otros grandes actores como Antonio Gasalla, Norma Aleandro, Hugo Arana, Luis Polliti y China Zorrilla. No es de sorprender que este fuese el primer film argentino en ser nominado a los Oscar. Tiene un gran trabajo de dirección para mostrarnos la soledad del personaje principal y su distanciamiento con los seres que lo rodean. Se refleja la homosexualidad en algunos personajes como Jaime o Santini, el compañero de trabajo que se nos muestra que no son comprendidos pero sus acciones son las más valerosas para el autor; son quienes rompen con el status quo y se salen de esa vida burocrática y premoledada.



Y Martín Santomé no es el único que se siente atrapado en esa vida rutinaria de oficinista. Su compañero de laburo que vive pendiente todo el tiempo de los números de la quiniela para hacerse millonario también espera que la suerte le toque algún día para escaparse de ese mundo. Finalmente la tragedia siempre actúa primero y nadie de esa generación logra su cometido. El pesimismo se impone pero algunas semillas de esperanza quedan.

En 2003 salió otra adaptación cinematográfica de la tregua. Una versión mexicana relocalizada en Veracruz, dirigida por Alfonso Rosas Priego, situada más en la actualidad por lo que principalmente los escenarios pierden todo el peso narrativo, la ciudad costera con grandes planos contradicen la asfixia generada en la obra original y la estética y la paleta de colores se asemeja más a un culebrón de familia rica sumado a que contiene escenas sexuales casi de softcore que reconvierten al personaje de Laura Avellaneda y muestra una juventud más básica ligada a lo pasional, quitándole ese tinte puro y misterioso de su predecesora aunque quizás por ello sea la única actuación un poco mejor lograda que el resto.

La tregua tiene muchas capas posibles de recorrer desde el amor, la fe, el destino, el trabajo, la injusticia, la identidad, la familia. Pero como dijimos, aquí iniciaría una nueva etapa en la bibliografía benedettiana y ésta fue solo una pequeña transición.



Nighthawks (1942)
EDWARD HOPPER

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS

SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
OBRA & VEGETAL
{ **1 METRO DE ANCHO** }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIOR E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ
www.entretintas.com.ar
entretintasdg@gmail.com
011 38898869
02227 467530

